PERRY ANDERSON

RONALD FRASER

1930-2012

A principios de 1964, cuando se emprendía un nuevo diseño y reconcepción de la *New Left Review,* recibí una inesperada carta de alquien que se presentaba como amigo de André Gorz y se ofrecía para colaborar en la producción de la revista si se necesitaba ayuda. No hizo falta ninguna presentación más. Necesitábamos toda la ayuda que pudiéramos obtener y el desconocido Ronald Fraser fue inmediatamente nombrado director comercial sin remuneración y en poco tiempo se convirtió en un miembro fundamental del equipo editorial. Fue el más imprevisible, y quizá el más decisivo, de los varios acontecimientos afortunados que rodearon a la incipiente revista. El recién llegado se diferenciaba del resto del grupo en dos aspectos fundamentales. Tenía diez años más que la edad media del comité editorial, que estaba en los veintipocos; estaba casado y con un hijo, y se había saltado la universidad –de la que habíamos surgido el resto– para trabajar como periodista en Reuters y posteriormente en el *San Francisco Chronicle.* Estas eran notables diferencias, acentuadas por el triunfalista *jeunisme* de la época.

Pero, no obstante, había dos lazos que nos unían. Uno era una distancia común de cualquier centro de gravedad nacional. La mayoría de los miembros originales de ese comité editorial procedían de diversas ramificaciones de la vida inglesa: anglo-irlandeses, escoceses, de Nueva Zelanda o del desierto. Ronnie, nacido en Alemania y de ascendencia mitad estadounidense no sólo encajaba en este perfil, sino que compartía la generalizada aversión hacia la *Englishry** que lo acompañaba. El segundo lazo era más personal. Su llegada a la política se había producido mediante su amistad con Gorz, al que había encontrado por casualidad algunos años antes en España y cuya autobiografía, *Le traître***, se convirtió en una referencia intelectual básica para él. Gorz era uno de los primeros intelectuales europeos con los que habíamos contactado al planear una nueva clase de *NLR,* y su autobiografía también me había causado una gran impresión. Por ello había una formación existencialista común que, de diver-

---

* El hecho o la condición de ser inglés o inglesa, especialmente por nacimiento *[N. del T.].*

** Ed. cast.: *El traidor,* trad. de Cristina Peri Rossi, Barcelona, Montesinos, 1982 *[N. del T.].*

sas maneras, saldría a la luz en la revista –en particular, la inspiración de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir para «Longest Revolution» (1966) de Juliet Mitchell, impulsando la segunda ola del feminismo, y una larga entrevista que realizamos con Sartre en 1969[1]. Eso constituyó una base natural para un intercambio y colaboración productivos.

El primero y el más duradero de los cambios que trajo Ronnie a la *New Left Review* fue asegurar su supervivencia. Como la mayoría de las revistas pequeñas de la época, y posteriores, cuando llegó todavía estaba perdiendo dinero, y las reservas de crédito o de efectivo para mantenerla en marcha cada vez eran menores. Haciéndose cargo de las precarias finanzas de la revista, ideó un plan a siete años que proporcionase una sólida posición material y que funcionaría a la perfección. A finales de la década de 1970 y principios de la siguiente, la *NLR* alcanzaba una tirada que hizo que se sostuviera por sí misma. El hecho de que unos cincuenta años después de su diseño, la revista mantenga una plantilla considerablemente mayor de personal con un balance económico positivo –una rareza en el mundo de la izquierda o, de hecho, para cualquier revista con pretensiones intelectuales– se debe originalmente a él. Lo mismo sucede con la creación en 1970 de New Left Books, en Londres y Nueva York, que se convertiría en la actual Verso. Poner en marcha una editorial es una tarea más dura y complicada que llevar una revista, y la suerte de la editorial siempre ha sido más accidentada que la de la revista. Pero también ahí la supervivencia de cualquier editorial de la izquierda durante más de cuarenta años, por no hablar del crecimiento de su alcance y prestigio, es una proeza cuyo mérito fundacional le pertenece en gran medida a él. Hasta el final se tomó un vivo interés por su funcionamiento.

La segunda gran diferencia que Fraser supuso para la *NLR* fue intelectual. Desde una edad temprana había querido ser escritor, había publicado una novela a principios de los años sesenta[2], y su orientación fundamental siguió siendo literaria. Entre sus contribuciones a la revista estuvieron las traducciones de textos de dos escritores españoles de la generación de los cincuenta, Antonio Ferres y Luis Martín-Santos, y sus reflexiones sobre una novela de Michel Butor[3]. Pero en él la –frustrada– ambición literaria estaba unida a una curiosidad periodística por una única empresa que vino a unificar todo lo que escribió: un duradero compromiso con la experiencia de la vida como valor político e intelectual. En la *NLR* eso pro-

---

[1] Respectivamente, «Women: The Longest Revolution», *NLR* I/40 (noviembre-diciembre de 1966), y Jean-Paul Sartre, «Itinerary of a Thought», *NLR* 1/58 (noviembre-diciembre de 1969).
[2] *Yvette*, Londres, 1960, basada en una relación con una belga con conexiones con el Congo.
[3] Antonio Ferres, «Land of Olives», *NLR* I/29 (enero-febrero de 1965) y Luis Martín-Santos, «Fables», *NLR* I/34 (noviembre-diciembre de 1965), cada una de ellas con su introducción; «Butor's You», *NLR* I/37 (mayo-junio de 1966). Más tarde escribiría sobre la trilogía de Arturo Barea *La forja de un rebelde,* compuesta durante el exilio en los años cuarenta: «A Spanish Masterpiece», *NLR* I/77 (enero-febrero de 1973) (por alguna razón firmada con las iniciales LR –Lucien Rey, el *nom de plume* de Peter Wollen en aquella época–, pero indudablemente obra de Ronnie).

dujo el mejor conjunto integrado de textos en la historia de la revista: los veinticinco relatos de diferentes clases de trabajo publicados sin interrupción –salvo por un número especial sobre mayo de 1968 en Francia– durante cuatro años entre 1965 y 1969[4].

Bajo la influencia de los manuscritos económico-filosóficos de Marx de 1844 –en aquel momento muy presentes entre nosotros– el tema recibió prioridad editorial y estaba introducido por una cita de ellos. Pero Ronnie fue capaz de convertir lo que de otra manera hubiera quedado como una preocupación teórica en una muy concreta y vívida secuencia de informes de experiencias que abarcaban el empleo industrial, administrativo, profesional e informal –obrero del sector de automóviles, tipógrafo, metalúrgico, ferroviaria, minero, albañil, conductor de autobús, maestro, pescador de arrastre, ama de casa, actor, crupier, contable, corredor de bolsa y más–, sin olvidar al desempleado. En 1968-1969 se recopilaron en dos volúmenes, publicados por Penguin en asociación con la *NLR,* con introducciones de Ronnie y epílogos de Raymond Williams y Alvin Gouldner respectivamente. En la actualidad conservan la frescura que tuvieron en su momento.

Work I y II aparecieron algunos años antes de que lo hiciera *Working,* de Studs Terkel, en Estados Unidos[5]. Es una suposición razonable que el libro de Terkel, que vendió un millón de ejemplares, estuviera animado por la empresa de Ronnie ya que fue André Schiffrin –que conocía a Ronnie y sería su editor estadounidense en Pantheon– quien le pidió que lo escribiera. El contraste entre los dos resulta instructivo. Terkel, un irrefrenable contador de anécdotas que empezó como conserje en el hotel de su padre antes de convertirse en presentador de un programa de entrevistas en la radio, grabó entrevistas con unas 130 personas agrupadas por tipo de actividad –limpieza, vigilancia, conductores, contabilidad, etc.– y las editó para dar a sus palabras una media de poco más de cuatro páginas para cada una. El resultado es un vívido y diverso mosaico, con muchas gráficas expresiones de descontento en trabajos concretos y sobre el sistema a su alrededor, así como de satisfacción ante tareas dignas y con significado. El propio Terkel era un honorable progresista estadounidense en la tradición del Medio Oeste; su familia era admiradora de Eugene Debs[6]. Pero debido a su composición formal, la reflexión analítica no podía ser el punto fuerte de su libro, en el que no se encuentra la palabra «capitalismo». Ronnie procedió de manera muy diferente. No grabó entrevistas pero solicitó contribuciones escritas, en la creencia de que si se podían encontrar, permitirían recoger más profunda e intensamente las realidades vividas en el trabajo y permitirían más tiempo para reflexionar sobre ellas. El resultado son informes más largos, una media de quince a dieciséis páginas, significativamente menos anecdóticas y más sustanciales; algunas, *tours de force*

---

[4] Los dos primeros, «Factory Money» y «Factory Time», aparecieron con su introducción al conjunto en la *NLR* I/31 (mayo-junio de 1965).

[5] El primer volumen de *Work* apareció en 1968, el segundo en 1969; *Working* en 1972.

[6] Véase su *Touch and Go,* Nueva York y Londres, 2007, pp. 36-37.

intensamente literarios. Dos que permanecen indeleblemente grabadas en mi cabeza son la propia descripción que hace Ronnie del trabajo en el centro de Reuters –los párrafos con que comienza tienen un toque de Zola– y el inolvidable recuerdo de la existencia de Tom Nairn como vigilante nocturno[7]. El planteamiento de ambas recopilaciones es inequívocamente socialista.

Reconstrucciones

En 1969, unos meses después de la publicación del segundo volumen de *Work,* en uno de esos momentos casuales que los historiadores algunas veces encuentran en los archivos, Ronnie vio en *The Times* un artículo informando que el alcalde republicano de un pueblo en España había aparecido después de treinta años de permanecer oculto, tras la noticia de que Franco había dictado finalmente una amnistía para sospechosos y oponentes del periodo de la Guerra Civil. El pueblo era Mijas, donde Ronnie había estado escribiendo en 1957 después de abandonar Reuters, y donde más tarde se hizo una casa. Los rumores de que el alcalde estaba oculto y todavía vivo habían surgido ocasionalmente entre los habitantes del pueblo, y Ronnie de hecho había basado un personaje de una de sus novelas inéditas en una figura semejante[8]. Al momento decidió ver si se podía hacer un libro, no de ficción sino realista, sobre la dura experiencia de este confinamiento. Una vez que el alboroto inicial de la prensa alrededor del alcalde se hubo calmado, regresó a Mijas en el verano de 1969 y grabó la historia de la vida de Manuel Cortés, un barbero andaluz nacido en 1905, que se hizo socialista bajo Primo de Rivera, fue elegido alcalde en las vísperas de la Guerra Civil, se unió a los carabineros para marchar al frente a defender la República, y fue proscrito cuando esta cayó, para aguantar treinta años encerrado en un agujero en el muro de una casa y recluido en un altillo –y de la esposa que lo protegió.

*In Hiding**, la reconstrucción de esta fascinante historia publicada en 1972, hizo que el nombre de Ronnie obtuviera un reconocimiento generalizado en la esfera anglófona –Arthur Miller reconoció su valor– y abrió un nuevo ciclo en su carrera. Una edición española seguía siendo imposible. Pero cuando Schiffrin le dijo que dudaba si sería posible un caso particular español dentro de una «Serie sobre Pueblos» que un grupo de editores estaba planeando, Ronnie aceptó el desafío. Inmediatamente después de *Escondido* produjo en un año una convincente historia y etnografía de Mijas, compuesta por un mosaico de entrevistas con cincuenta habitantes del pueblo de todas las edades, posiciones sociales y perspectivas políticas,

---

[7] «Producing the News», *NLR* I/32 (julio-agosto de 1965); «The Nightwatchman», *NLR* I/34 (noviembre-diciembre de 1965).

[8] Véase Jim Kelly, «An Interview with Ronald Fraser», *Oral History* (primavera de 1980), p. 52.

* Ed. cast.: *Escondido. El calvario de Manuel Cortés,* trad. de Eva Rodríguez Halffter, Barcelona, Crítica, 2005; primera edición de 1986, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo *[N. del T.].*

enmarcadas en una narrativa que trazaba la evolución de la comunidad desde los últimos años del siglo XIX hasta la invención de la Costa del Sol y la invasión turista de la región en los años sesenta; no se olvida a los residentes extranjeros, que proporcionan una media docena de testimonios adicionales[9]. «Escrita con una cierta visión de novelista», como manifestaba Ronnie, y publicada con el claramente alterado título de *Tajos,* la precisión y erudición del libro constituyen un sobrio contraste con el lírico retrato de Gerald Brenan del pueblo de Yegen en *South from Granada**, la obra que en su momento atrajo a Ronnie a la zona.

Apenas apareció *Tajos,* cuando a sugerencia de Alastair Reid, el poeta escocés traductor de Borges y Neruda que vivía en el pueblo todavía más pequeño de Galilea en Mallorca[10], Ronnie concibió el proyecto de una historia oral de la Guerra Civil Española y no tuvo dificultad en obtener un adelanto de Schiffrin para financiarla. En cierto sentido era un paso lógico a esas alturas. Pero era un paso muy grande: desde recoger la experiencia de una pareja a la de un pueblo, y de ahí a la de un país; desde una vida a la de varias generaciones, hasta tres convulsos años de guerra y revolución. Con una planificación característicamente clarividente decidió desde el principio no intentar abarcar todas las zonas de España, sino seleccionar dos zonas controladas por los republicanos y otras dos por los nacionales –centradas en Barcelona y Madrid, Andalucía y Castilla y León–, y otra que conoció el control de ambos, Vizcaya-Asturias; y concentrarse principalmente en lo que significó la Guerra Civil para la población detrás de las líneas del frente más que en los propios frentes de batalla. Recorriendo el país durante dos años en 1973-1975, encontrando a los interlocutores que podía, finalmente entrevistó a más de trescientos testigos, grabando por encima de los tres millones de palabras y enviando las cintas de cada etapa a Gorz en París por miedo a que la policía franquista las descubriera y confiscara. De ellas, después de otros dos años y medio, escribió *Blood of Spain***, un libro de doscientas mil palabras[11].

Nunca se había hecho nada como esto. La historia oral como tal no era nueva, pero hasta entonces había estado limitada esencialmente a dos géneros. O bien ponía por escrito los recuerdos hablados de los *Prominenten,* los políticos y burócratas que se pensaba que habían tenido un papel destacado en los asuntos del Estado, vistos desde las alturas –esta fue su prime-

---

[9] Un extracto fue publicado en la revista, «1936: Revolutionary Committees in Spain», *NLR* I/78 (marzo-abril de 1973). [La ed. cast. del libro llevó por título *Mijas. República, guerra y franquismo en un pueblo andaluz,* trad. de José Manuel Álvarez y Ángela Pérez, Barcelona, Antoni Bosch, 1985 *(N. del T.)*].

* Ed. cast.: *Al sur de Granada,* trad. de Eduardo Chamorro y Jesús Villa, Madrid, Siglo XXI de España, 1974, y también Barcelona, Tusquets, 1997 *[N. del T.].*

[10] Véase Alastair Reid «Notes from a Spanish Village», *Outside In,* Edimburgo, 2008, pp. 186-210; hay una versión más extensa en *Whereabouts,* San Francisco 1987, pp. 130-193; «Borges and Neruda», *Inside Out,* Edimburgo, 2008, pp. 106-130.

** Ed. cast.: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española,* trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 2007 *[N. del T.].*

[11] J. Kelly, «Interview with Ronald Fraser», cit., p. 56.

ra encarnación, en Columbia, bajo los auspicios de Allen Nevins, patriótico hagiógrafo de Lincoln– o, en una posterior y opuesta versión –inspirada en buena parte por Paul Thompson, en Essex–, se preocupaba esencialmente por recuperar las vidas diarias de los que estaban por debajo del radar de cualquier drama público, de los órdenes inferiores de los desapercibidos y olvidados, en una prolongación de la historia social. *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros* se diferenciaba de ambos. Lo que se proponía y lograba hacer era recoger la experiencia popular no al margen, sino en lo más profundo de un gran conflicto sociopolítico y militar, a través de un sorprendente abanico de vidas individuales. Para encontrar y sacar a la luz el testimonio de los participantes de ambos bandos en una guerra ideológica y civil de la que todavía no se podía hablar libremente en España, Ronnie tenía, como inglés, las ventajas de ser una persona de fuera junto a los instintos de un reportero de primera clase. Pero sin sus dones naturales de una callada cortesía y tacto, nunca hubiera podido conseguir que tanta gente diferente se confiara a él –a menudo por primera vez desde los años treinta– sobre el reprimido trauma nacional. Lo que descubrió fue que los que tenían los recuerdos más claros y llamativos eran habitualmente testigos de nivel medio, participantes activos pero no dirigentes en el conflicto; aquellos a los que denominaría «militantes» y cuyos relatos de su pasado forman distintas secciones en la reconstrucción que hacía Ronnie.

Tras su aparición en 1979, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros* fue directamente alabada como una obra maestra de la historia oral. Sin embargo, el propio Ronnie siempre tuvo sus reservas sobre el término, señalando que por lo general descansaba en una confusión entre fuente y género, tomando lo oral como si denotara una subdisciplina comparable a la historia económica, social, cultural, etc., mientras que de hecho simplemente indicaba otra clase de evidencia que podía servir de apoyo a cualquiera de estas; en la medida, desde luego, en que los testigos todavía vivieran constituía ineludiblemente un campo contemporáneo dentro de cada una de estas subdisciplinas. En el caso de su obra, aunque *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros* esté basada en entrevistas, no es una recopilación de la clase que se puede encontrar en las que, a primera vista, podrían parecer empresas similares –*Hard Times* o *«The Good War»,* de Terkel, sobre la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos son ejemplos representativos–, sino una composición meticulosamente construida. Las sucesivas fases de la Guerra Civil Española forman una narrativa histórica cuya grandeza e intensidad procede de su continua incorporación de voces de supervivientes, muy claras y algunas muy sucintas, intercaladas a intervalos regulares por recuerdos notablemente más extensos –«Militancias»– o escenas o incidentes particularmente vívidos –«Episodios»–, y concluyendo con una retrospectiva de los detonantes que, en la República –la tierra, la religión, los nacionalismos, los libertarios, la sublevación de 1934, el ejército–, precedieron y precipitaron la Guerra Civil.

El epígrafe que encabeza el prólogo de *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros* es de Pierre Vilar y dice: «Los aspectos subjetivos de los acontecimientos,

la "atmósfera" en la que se produjeron, también son una condición de la historia […] Realmente, ¿puede hacerse real la historia si [este aspecto] no se resucita? ¿Dejaremos la tarea exclusivamente a los novelistas?». Exactamente esta era la ambición del libro, un intento, escribió Ronnie, de «revelar la intangible "atmósfera" de los acontecimientos, de descubrir las perspectivas y motivaciones de los participantes, deseadas o indeseadas; de describir cómo se sintió la guerra civil, la revolución y la contrarrevolución desde dentro de ambos campos», un intento al que aportó la ingenuidad y sofisticación formal de un historiador que se describía a sí mismo como un novelista *manqué.* Pero, añadía, «la atmósfera no cuelga por encima de los acontecimientos como el éter; es una emanación social, el resultado de luchas muy terrenales»[12]. Si recuperar la experiencia vivida de los agentes y pacientes de la Guerra Civil era un proyecto que reflejaba la huella existencialista de su perspectiva, ya visible en su investigación sobre los significados del trabajo para él y para otros, también era un marxista que sabía que las estructuras objetivas, y sus explicaciones, no eran lo mismo que las pasiones o intenciones subjetivas. La advertencia de Engels a Joseph Bloch estaba presente en la entrada del libro en su conjunto.

Entre la aclamación universal de *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros,* una respuesta se alzó a un nivel superior a la de cualquier otra, el ensayo que Victor Kiernan publicó en estas páginas: una espléndida si bien sombría meditación sobre las contradicciones y paradojas de España desde los tiempos de Fernando VII hasta Franco que –siguiendo a Edward Thompson y sus comparaciones de las guerras civiles española e inglesa– podría haber sido titulado «Las peculiaridades de los españoles». Como trabajo de historia, escribió Kiernan, su «coro de voces discordantes que se hacen eco del pasado» era «tan parecido a la vida como para ser casi misterioso», reuniendo las «experiencias y sensaciones fragmentadas, desconectadas, de una multitud de individuos» que «vivieron un tiempo de cataclismo cuya órbita colectiva trascendía y les eludía a todos ellos». Pero, continuaba:

> La redacción sistemática de la historia debe preocuparse ella misma de la realidad colectiva del conjunto, buscando analizar el desarrollo de los acontecimientos en términos de instituciones, partidos, naciones y las ramificaciones que los acompañan. Todas estas entidades son más o menos artificiales, abstracciones de la materia tangible de la vida humana, muy parecidas a los retratos robot; los seres que los componen nunca son totalmente congruentes con ellos, y en la mayor parte de su conciencia diaria y de cada momento pueden estar muy lejos de ellos.

Esto era especialmente cierto para el país en cuestión. «Las realidades objetivas y subjetivas, siempre algo distanciadas, estaban muy alejadas en España con su mezcolanza de épocas y culturas», donde «lo que los hombres pensaban y sentían podía tener mucha o poca conexión con cual-

---

[12] Ronald Fraser, *Blood of Spain,* Londres, 1979, p. 29.

quier hecho de la vida, y encontraba expresión en ideas o actitudes a menudo contradictorias, algunas veces incomprensibles para los que las veían desde fuera»[13].

Sobre esta tensión teórica el propio Ronnie era directo y lúcido. Después de que apareciera *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros,* publicó un importante apéndice en la *NLR* que empezaba: «A medida que la historia oral amplía su campo de estudio, y en particular a medida que se mueve hacia el campo de la historia política, no puede eludir la tarea, ineludible para la historiografía materialista, de proporcionar el conocimiento causal de los procesos que está estudiando». Repartidas a lo largo de *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros,* y secundarias frente al testimonio oral, había observaciones relativas a ese compromiso, y ahora intentaría «establecerlas de una forma más coherente y accesible». A continuación venía una magistral síntesis de las razones por las que estalló la Guerra Civil y por las que el bloque contrarrevolucionario alrededor de Franco alcanzó la victoria, cada una de ellas examinadas con detalle. En cuanto a las primeras, se encontraban por encima de todo en un equilibrio insostenible de las fuerzas de clase una vez que la modernización capitalista fracasó en generar un sistema político –ya fuera con la dictadura de Primo de Rivera o con la Segunda República– capaz de contener a las nuevas fuerzas sociales que había desencadenado, produciendo así una situación explosiva en la que «las clases dominadas (especialmente rurales) ya no querían vivir de la vieja manera, y las dominantes (especialmente las rurales) temían que, en breve tiempo, no serían capaces de continuar con las vieja maneras», y por ello «largamente acostumbradas a dominar por la fuerza» optaron por un «golpe militar para instaurar un Estado autoritario». Las causas del resultado de la guerra se encontraban, por encima de todo, en las disputas entre las divididas fuerzas de la República sobre la prioridad relativa de la guerra o de la revolución, y en su fracaso para desarrollar en su lugar una estrategia para la guerra revolucionaria, combinando las fuerzas armadas populares y regulares, el armamento pesado en el frente y la guerra de guerrillas detrás de las líneas enemigas, con una ideología capaz de neutralizar el apoyo de los pequeños agricultores al campo enemigo[14].

El detalle y la precisión analítica de esta valoración de las realidades objetivas que determinaron el comienzo y el resultado de la Guerra Civil no era una reflexión *a posteriori*. Se trataba de la otra cara de la aproximación de Fraser a la historia. Se pueden encontrar dos sobresalientes ejemplos de ella en las investigaciones contemporáneas del panorama económico y político de España con Franco, y justamente después de él, que publicó en estas páginas en estos años. Ambos artículos eran producto de investigaciones directas sobre el terreno, de viajes a España en los que recogió documentación y opiniones. El primero, escrito en 1969, ofrecía una periodización de los sucesivos modelos de acumulación de capital y de coacción

[13] «Blood of Spain», *NLR* I/120 (marzo-abril de 1980), pp. 97-98.

[14] «Reconsidering the Spanish Civil War», *NLR* I/129 (septiembre-octubre de 1981).

de clase que había representado el régimen de Franco a lo largo de tres décadas desde su victoria en la Guerra Civil, y se detenía en la nueva clase trabajadora y en las fuerzas de la oposición que habían surgido con su liberalización económica. El segundo, un informe escrito a principios de 1976, después de que hubiera terminado las entrevistas de *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros* pero antes de editarlas, establecía un panorama dominado por el conjunto de fuerzas sociales y políticas que rivalizaban por situarse en los meses que siguieron a la muerte del dictador, y el abanico de escenarios posibles que se presentaba ante el país[15]. Como la mayoría de los análisis políticos inmediatos, ambos artículos tenían sus errores de cálculo, en primer lugar una común sobreestimación del potencial para la insurgencia radical dentro del sistema que Franco había levantado, y en segundo lugar una minusvaloración de la eficacia del decisivo legado que dejó en España. La monarquía que neutralizaría cualquier ruptura democrática –como una vez se concibió– con el orden establecido que el Caudillo había salvado y transmitido a la posteridad, es el único mecanismo que falta del inventario de fuerzas en acción después de su muerte, y por ello también falta cualquier premonición de la posterior humillación de los una vez partidos republicanos ante ambos. Pero con esta reserva, ambos siguen siendo textos admirables que pueden consultarse beneficiosamente en la actualidad[16].

Regresos de la subjetividad

Si los años setenta fueron una década española, los ochenta asistieron a un regreso a Inglaterra de la obra de Ronnie, con la exploración de su infancia que produjo en 1984 el más insólito de todos sus libros. *In Search of a Past** se considera por lo general una autobiografía –cuando apareció estuvo a punto de obtener un premio como tal– y la categoría no resulta inapropiada. Sin embargo, la obra no es una recolección del pasado del escritor, ni siquiera exactamente una reconstrucción de ese pasado, sino una búsqueda de su identidad a través del recuerdo de otros y del hogar al que ellos y él pertenecían, la *manor house*. Su subtítulo no es nada parecido a «Mis primeros años», sino «La mansión, Amnersfield 1933-1945». Ese, formalmente hablando, es el objeto del libro; lo que nos contará sobre el sujeto que es el autor subtiende, pero no cancela, ese centro organizativo. Como en *Escondido,* los orígenes de *En busca de un pasado* se encuentran en otra de las improbables oportunidades que Ronnie parecía

---

[15] «The New Spain», publicado bajo el *nom de plume* de Ricard Soler, *NLR* I/58 (noviembre-diciembre de 1969); «Spain on the Brink», *NLR* I/96 (marzo-abril de 1976).

[16] Lo poco que Ronnie había cambiado su análisis global de España después de la muerte de Franco se puede ver en sus reflexiones sobre la obra de Raymond Carr, *Modern Spain, 1875-1980:* «Coups», *London Review of Books* (16 de julio de 1981). A diferencia de casi todos los recientes historiadores ingleses de España, no estaba impresionado por las maravillas de la resucitada lealtad monárquica española.

* Ed. cast.: *En busca de un pasado. La mansión, Amnersfield, 1933-1945,* trad. de Eva Rodríguez Halffter, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1987 *[N. del T.].*

atraer, como si semejantes hallazgos fueran magnéticamente atraídos como limaduras por su particular *Fingerspitzengefühl.* A finales de 1967, mientras todavía estaba enzarzado en sus artículos sobre el trabajo para la *NLR,* descubrió que algunos de los sirvientes de la casa de campo donde había vivido de niño seguían todavía en el vecindario treinta años después, incluyendo –la menos probable de todas– a su niñera alemana despachada a su tierra natal cuando estalló la guerra y de la que, desde entonces, no había vuelto a saber nada. Eso podía haber quedado como una cuestión de interés privado si (como explicó muchos años después) no se hubiera encontrado con Oscar Lewis el año anterior, y al preguntarle si consideraba a *The Children of Sánchez** como antropología o literatura, le contestara «supongo que literatura». Como dice, su reacción fue «mi corazón dio un vuelco. ¡de manera que uno podía recrear un pasado, convertirse en un literato a través de otros!»[17]. Con lo cual se compró una grabadora y empezó a grabar entrevistas con aquellos que le habían conocido de niño.

En aquel momento, no había sabido cómo extraer una narrativa inteligible de los materiales que había grabado y los dejó de lado. Una década más tarde, sin embargo, en una depresión que intensificaba una sensación de vacío interior que le acompañó durante toda su vida, y decidido a embarcarse en el psicoanálisis, se dio cuenta de que para él sería posible tejer la búsqueda interior y la exterior en una sola forma literaria. Más tarde escribiría: «Mi preocupación como historiador y escritor ha sido siempre la interacción de lo social y lo subjetivo»[18]. *En busca de un pasado,* cuya primera edición en inglés data de 1984, se convirtió en la expresión más destacada de esto: alternando sus análisis con recuerdos de los sirvientes que le rodeaban de niño –la niñera, el mozo de cuadra, la doncella, el jardinero, el cocinero, la ayudante de la niñera– así como de su hermano menor, y con destellos de su ahora senil padre, cuya muerte concluye el tiempo de la obra, se mueve entre los dos polos con una fuerza lacónica, inquietante. Inspirado por el ejemplo de Gorz, la estructura formal del libro viene dada por una secuencia de pronombres: Nosotros (el autor y analista); Ellos (los sirvientes); Ella/Él/Ella (la niñera, el padre, la madre); Tú (cómo veían los sirvientes al autor de niño); Nosotros (el autor y analista); Nos (el autor y su hermano); Yo (el autor como resultado definitivo, y precaria superación, de la infancia y del análisis). Fundamentalmente, lo que esta estructura proporciona en un momento dado es una deslumbrante etnografía de una familia adinerada y de sus sirvientes en los condados ingleses del Sureste entre las dos guerras, una viva miniatura de las relaciones de clase, y una narrativa

---

* Ed. cast.: *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana,* México, Fondo de Cultura Económica, 1964, y posteriores ediciones en Joaquín Mortiz *[N. del T.].*

[17] Introducción (2009) a la nueva edición de *In Search of the Past,* Londres, 2010, p. xvi. De este encuentro vino la publicación en la *NLR* de «A Thursday with Manuel» de Oscar Lewis, introducido por Ronnie: *NLR* I/38 (junio-agosto de 1966), y sin duda motivado por el mismo interés de «A Chinese Village» de Jan Myrdal, también con una introducción de suya, *NLR* I/30 (marzo-abril de 1965).

[18] «Staying at Home», una crítica de la biografía de Lorca de Ian Gibson, *LRB* (27 de julio de 1989).

del daño psicológico que un frío padre autoritario, una trastornada y complaciente madre y su divorcio causaron a su primer hijo, amortiguado solamente por los sirvientes que le rodeaban.

En muchos aspectos, *En busca de un pasado* puede ser considerado una versión inglesa, o una contrapartida, de *El traidor.* La influencia de Gorz sobre el libro no se limitaba a su esquema pronominal, sino que era mucho más profunda. La amistad nacida por casualidad en Mijas fue desde entonces fundamental para Ronnie durante muchos años. Antes de que se encontraran, ambos eran periodistas de profesión, ambos externos a su sociedad, ambos escritores frustrados. *El traidor* fue concebido cuando Gorz llegó a la conclusión de que la suma filosófica en la que había estado trabajando durante años era impublicable, y lo escribió con el propósito de así entender sistemáticamente el vacío personal que había conducido a este fracaso y que, al hacerlo, quedaría liberado para convertirse en algún otro. Al leerlo, Ronnie reconoció la misma sensación de soledad y nulidad que había acechado a Gorz, y pronto decidió que la novela que estaba escribiendo o las que había escrito también eran impublicables. El proyecto de *En busca de un pasado* era también el mismo: seguir el rastro de un sujeto fugitivo como el medio para transformarlo.

Pero las conexiones también señalan el contraste entre los dos libros. Gorz trajo para ocuparse de su pasado una formidable maquinaria teórica acorde con la continuación de Sartre en que quiso haberse convertido, que ilumina, más que oscurece, la intensidad de escenas y episodios de la Austria de Dollfuss y del *Anschluss,* y de la Suiza del periodo de la guerra, que daban a *El traidor* su componente biográfico. Cronológicamente, la historia abarca desde la infancia hasta la primera madurez después de la guerra. Pero la reflexión predomina sobre la narración en un lúcido autorretrato que puede leerse como una mutación –cifrada por el marxismo y el existencialismo– de una tradición francesa clásica.

En busca de un pasado, cuya narrativa se detiene cuando el autor tiene catorce años en vez de veinticuatro, no intenta semejante autorretrato; el sujeto de la búsqueda permanece esquivo, escapando a la definición o a la caracterización directa. El temperamento de Gorz era filosófico; estaba relativamente poco preocupado por la historia, y trataba a la clase como una categoría estructural de cualquier sociedad capitalista, sin demasiado interés por las variaciones nacionales o los refinamientos sociológicos. La perspectiva de Ronnie era más empírica; su imaginación era histórica y él era el producto de una cultura en la que la clase no era solamente la estructura, sino la textura íntima de la sociedad, de una manera que no se producía en Francia. Tambien estaba escribiendo en un país donde el psicoanálisis tenía una mayor tradición y una presencia más importante. El Sartre que formó al joven Gorz había resistido a Freud. El epígrafe a *El traidor* es de Francis Jeanson; en *En busca de un pasado,* de Winnicott. Por ello la ruta de recuperación del sí mismo era necesariamente bastante diferente. En uno, los otros figuran como poco más que memorables des-

tellos, obstáculos o alivios para el sujeto; en el otro, están meticulosamente desarrollados como la vía para el descubrimiento del sujeto. Ese contraste es, en parte, una función de otra diferencia crítica entre los dos escritores. Gorz había abandonado para siempre la Austria y Suiza de sus orígenes. En Francia llegó como un extraño, pero se entregó con el fervor de un converso religioso a una cultura donde sin dificultad se encontró en su casa. Ronnie no tuvo semejante facilidad con Inglaterra, y no la había dejado atrás. Sus opresivas particularidades estaban destinadas a figurar mucho más concretamente en su empresa.

¿Hasta qué punto lo hicieron así? De joven en España, Ronnie tuvo dos inspiraciones protectoras. Antes de que se encontrara con Gorz y leyera *El traidor,* fue *Al sur de Granada* de Gerald Brenan el que le había llevado a encontrar una buhardilla en España para convertirse en escritor; y cuando *Escondido* vio la luz, viajó en una Lambretta recién adquirida hasta el pueblo cercano donde Brenan vivía entonces para dejar un ejemplar en el umbral de su puerta, después de lo cual, y tras un cómico malentendido sobre la identidad de Ronnie, se hicieron amigos. La afinidad era comprensible. Separados por dos generaciones –Brenan había nacido en 1894–, por otra parte tenían mucho en común. También Brenan había estado dividido entre un padre severamente autoritario de procedencia militar, y una amante aunque divagadora madre de familia muy acomodada; odiaba su *public school,* nunca fue a la universidad, reasentado en España, fracasado como novelista, produjo una obra clásica –*The Spanish Labyrinth**– sobre los orígenes de la Guerra Civil, y escribió unas conocidas memorias de su infancia y adolescencia, *A Life of One's Own***. Un autodidacta enormemente instruido en su tiempo, Brenan era un romántico eduardiano que tenía poco trato con el marxismo, menos aún con el existencialismo. Pero aunque estaba más dañado sexualmente por su educación y encontró agobiante a Inglaterra después de la Gran Guerra[19], también estaba mucho más seguro e informalmente incrustado en su clase y su país. Fue la falta de buenas relaciones de Brenan con su medio social, más que cualquier pronunciado contraste de destino familiar, lo que más le diferenciaba de Ronnie. Al margen de que la madre de Brenan fuera más atenta con su hijo, él también estuvo al cuidado de una niñera, y sufrió cuando ella se fue, una secuencia bastante común entre las clases altas de la época, igual que el calor humano que la compañía de los sirvientes podía representar para los niños en esas familias.

---

* La ed. cast. más reciente es *El laberinto español,* trad. de José Cano Ruiz, Barcelona, Planeta, 2009, en su colección Backlist *[N. del T.].*

** Ed. cast.: *Una vida propia,* trad. de José Manuel de Prada, Barcelona, Destino, 1990 *[N. del T.].*

[19] «La Inglaterra que conocí estaba petrificada por el sentimiento de clase y por las rígidas convenciones, así como, en mi caso, envenenada por los recuerdos de mis años escolares, de manera que tan pronto como acabó la guerra y me licenciaron, partí a descubrir ambientes nuevos y más respirables»: Gerald Brenan, *South from Granada,* Londres, 1957, p. xii.

En el caso de Ronnie, más decisivo era la particular posición de la propia familia. *En busca de un pasado* minimiza esto en consonancia con el lado psicoanalítico del libro[20]. Sus padres acababan de establecerse en Berkshire, donde no tenían raíces. Su padre, que procedía de la pequeña nobleza escocesa de las Highlands, pasó sus años de trabajo en Alemania con la naviera Elder Dempster. Allí se casó con una estadounidense más joven que él, de linaje millonario, cuya madre –una heredera de Colorado por ambas partes de su familia (plata, bancos, comercio)– se había casado *en secondes noces* con un barón alemán, también del sector naviero, con el que vivió en México después de la Primera Guerra Mundial antes de regresar a Hamburgo, donde su hija bilingüe dio a luz a Ronnie en 1930. Adinerado pero desarraigado, este era un hogar plantado en una sociedad elitista con la que no tenía conexiones anteriores. Una vez establecidos allí, sus padres se aclimataron de forma natural, pero los vínculos serían frágiles. La atmósfera de *En busca de un pasado* es de aislamiento, marcada por la ausencia de cualquier recuerdo de otros niños de la misma clase en el vecindario. Cuando la pareja se divorció, su madre se trasladó primero a Estados Unidos, llevándose a los niños con ella, después a Suiza, mientras que su padre volvió a Alemania. Liberado del colegio en Wellington, Ronnie completó con seguridad su educación secundaria en Connecticut, pero no prosiguió con su admisión en Princeton; se trasladó a Ginebra y después de escapar de ser enviado a Corea durante su servicio militar debido a una herida en la pierna, finalmente solicitó la entrada en Cambridge. Cuando su entrevistador le dijo que si quería ser escritor no hacía falta pasar por la universidad, desistió de hacerlo. El *cursus* normal de posguerra de alguien de su clase no había sido internalizado. Sus vínculos con Inglaterra estaban atenuados.

De todos modos si no era tan inglés, ¿qué otra cosa podía ser? En Estados Unidos en el cambio de la década de 1960, quiso que su hijo naciera en Inglaterra porque esa era la única cultura, eso dijo, de la que tenía algún conocimiento y a la que en cierta medida sentía que pertenecía. Cuando se unió a la *NLR,* compartía nuestra hostilidad a todo lo que era emblemáticamente británico, pero había una diferencia en nuestra relación con eso. En parte era una diferencia de orígenes: nadie más era producto, aunque fuera anómalo, de los condados ingleses. En ese sentido él era más inglés. Pero había otro distanciamiento, de tiempo, no de espacio. Alcanzó la madurez a principios de la década de 1950, unos años de entumecida conformidad política y de provincialismo cultural en Inglaterra, la noche de la Coronación y del apogeo de la Guerra Fría. La mayoría de nosotros éramos productos de principios de la década de 1960, cuando las convenciones sociales, las prohibiciones morales y las fijaciones ideológicas fueron arrojadas a los vientos en una rebelión de la juventud que era internacional, pero cuyo cortante filo cultural procedía de Inglaterra. Por

[20] Para sus interlocutores de History Workshop, era el caso inverso. *In Search of a Past,* protestaban, «todavía parece deber más a la sociología radical que al psicoanálisis». Véase «A Dialogue with Ronald Fraser», *History Workshop Journal* XX (otoño de 1985), pp. 175-188, un diálogo lleno de interés.

ello, aunque menos ingleses en los orígenes, estábamos transportados por el movimiento de la época, y en este alterado panorama nacional nos encontrábamos más en casa de lo que podía estar él, algo de lo que se daba cuenta. Nosotros estábamos menos limitados.

Sus modales eran mejores que los nuestros, de un estilo más reservado. Alto y discretamente apuesto, las tensiones en su formación eran visibles en la variedad de sus expresiones características: gran parte del tiempo una cierta clase de impasividad, que insinuaba más un retraimiento subterráneo que cualquier serenidad interior, para iluminarse repentinamente por la risa o la euforia. Tenía muchos amigos inesperados pero no era gregario, más a gusto en grupos pequeños que grandes. Escribiendo, grabando e investigando solo en España estaba acostumbrado a la soledad. La única virtud que admitía era la perseverancia. Era más profesional que nosotros en todo lo que emprendía, y tenía una relación de más confianza con el mundo de los objetos. Las mujeres, a las que atraía mucho, eran una zona de turbulencias donde las emociones mantenidas bajo control en otros lugares podían florecer o explotar. No era patriarcal; las tres mujeres con las que tuvo hijos trabajaron de una manera u otra con él. Para los españoles podía parecer el arquetipo del caballero inglés, como tradicionalmente se concibe. Para nosotros subvertía esas tradiciones.

La resistencia peninsular

Después de *En busca de un pasado* vino una historia oral de la revuelta estudiantil de finales de la década de 1960. Una empresa internacional que abarcaba seis países –Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia, Gran Bretaña e Irlanda del Norte– y en la que Ronnie coordinó y editó el trabajo de ocho colegas para la producción de *1968. A Student Generation in Revolt.* Aunque se trata del menos personal de sus libros, quizá fue el que más trabajo le llevó, ya que para entonces estaba aquejado del síndrome de fatiga crónica, una dolencia entonces poco conocida. No fue estudiante en los años sesenta ni en otro momento, pero la agitación de 1968 estaba lejos de resultarle extraña, despertando en él descontroladas energías. En la gran manifestación contra la guerra de Vietnam celebrada aquel año en Grosvenor Square y que se concentró frente a la embajada de Estados Unidos, cuando se produjeron las cargas a caballo de la policía se le pudo ver exultante con una gorra *sans culotte* de punto, en primera línea de las contra-cargas. Poco después de que apareciera el libro, encontraría la compañera con la que sería completamente feliz, Aurora Bosch, una historiadora valenciana, especializada en Estados Unidos, y se trasladó a España para vivir con ella.

Allí trabajó durante quince años en su logro final, una historia de la guerra peninsular equiparable a la de la Guerra Civil. La concibió como una historia desde abajo comparable a *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros.* Pero después de seis años en los archivos de Madrid, Barcelona, Simancas y Lon-

dres, se dio cuenta de que en sentido estricto eso era imposible[21]. No había más que vestigios de cartas, diarios, o de recuerdos de gente ordinaria que hubieran sobrevivido; sus voces no podían recuperarse directamente. Por ello cambió a una prosopografía de aquellos que lucharon, pasaron hambre, se amotinaron y murieron en la convulsión que siguió a la abolición de la monarquía borbónica que Napoleón llevó a cabo en 1808, como la base material de una vasta y trágica composición en la que todos, tanto gobernantes, nobles, curas, oficiales, terratenientes y mercaderes, como los trabajadores de pueblos y ciudades, desempeñaban su papel. *Napoleon's Cursed War* (2008*) empieza con un magistral mapa de clase de la España del Antiguo Régimen en las vísperas de la catástrofe, y finaliza con cinco apéndices estadísticos, el último –«Los costes humanos de la guerra (y de la paz)»– sobre el recuento de muertes producidas y vidas sacrificadas, en lo que a los españoles les gusta llamar su Guerra de la Independencia. Entre estos diferenciados inventarios objetivos surge una narrativa dramática que une batallas militares, conspiraciones políticas, banderas ideológicas, conflictos sociales y traumáticas experiencias económicas en una compleja madeja formada por la colisión de intereses, propósitos, impulsos, planes y errores de todas las fuerzas en liza, de un extremo a otro de la sociedad española y de la ocupación francesa. Las expresiones escritas –panfletos, canciones, informes, polémicas, proclamaciones– de todas estas luchas interrelacionadas entre lealistas, liberales, afrancesados, el enemigo extranjero, ricos, pobres y los que estaban en medio, puntúan el texto como lo hicieron los testimonios orales de los supervivientes de la Guerra Civil. Como en *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros,* también aquí los «Episodios» y las «Militancias» realzan los momentos colectivos y los destinos individuales de un color o intensidad particulares[22].

El título del libro elude la afirmación de cualquier guerra de independencia, como si el país no hubiera sido un Estado soberano desde hacía siglos. ¿Qué pasa con Napoleón, el autor de una invasión que finalmente no sólo lamentaría, como hizo con su ataque a Rusia, sino que condenaría?[23]. Como muestra esta historia, su primer error político fue abolir directamente la dinastía borbónica instalando a su hermano como gobernante, en vez de conservarla como una fachada de un Estado satélite, una estipulación que el deleznable Fernando VII hubiera aceptado como condición para mantenerse en el trono. Napoleón pudo imponer a sus hermanos o a sus subor-

---

[21] Véase su relato sobre la composición del libro en «La forja de un historiador a pesar suyo», en *Las dos guerras de España,* Barcelona, Crítica, 2012, pp. 33-34.

* Ed. cast.: *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia, 1808-1814,* trad. de Silvia Furió Castellví (a partir de la edición inglesa de 2006, anterior a la citada, cuyo título era *To Die in Spain. Popular Resistance in the Spanish Peninsular War*), Barcelona, Crítica, 2006 *[N. del T.].*

[22] La notable valoración del libro y las reflexiones sobre el tema se encuentran en la crítica de Alistair Hennessy dos años después, El ejército invisible español, *NLR 63* (julio-agosto de 2010).

[23] «Empecé este asunto muy mal, lo confieso; su inmoralidad era demasiado patente, la injusticia demasiado cínica, y fue una vil trampa porque caí víctima de mí mismo».

dinados como gobernantes en Holanda, Alemania Occidental o Italia, pero no intentó hacerlo en Prusia o Austria cuando estuvieron a su merced; se trataba de potencias con las que no se podía jugar así, incluso derrotadas. Al tratar a España como si no fuera más que un principado de la clase que salpicaba a las anteriores regiones, cometió un doble error. El país estaba mucho más atrasado que la próspera zona que se extendía desde el Rin hasta el Po, donde había una base social entre las elites locales que permitía una administración posfeudal moderna, y donde el dominio francés no se consideraba indeseable. En el arcaico Antiguo Régimen español, donde el término «vasallos» era todavía actual –así es como un funcionario de la corte todavía podía dirigirse a las multitudes que esperaban en Madrid fuera del Palacio Real el 2 de mayo de 1808, para levantarlos en armas contra los franceses, del que hay un maravillosos relato aquí– y la Inquisición estaba en vigor, solamente no había más que un débil apoyo potencial para la vertiente ilustrada del dominio napoleónico, y sus reformas se convirtieron en papel mojado en el infierno de la lucha que siguió a su proclamación.

Pero no fue sólo la falta de una base social suficiente para modernizar con los criterios posrevolucionarios franceses la que deshizo la invasión de España por Napoleón. Fue también el compromiso de amplios estratos de la población con su monarca, y la furia ante la indignidad del dominio extranjero. La trágica paradoja en el centro de *Napoleon's Cursed War* es el heroísmo de tantas gentes ordinarias en defensa de un orden político e ideológico –un absolutismo estancado y una Iglesia sumida en la ignorancia– que nunca les dio nada y que después les pagó con una fiera reacción en la posguerra. Las razones de ello se encuentran profundamente enterradas en la historia del país. España había sido el poder dominante en Europa durante 150 años, hasta que fue derrotada por Francia en la batalla de Rocroi en 1643. A continuación había venido un siglo y medio de declive, pero el recuerdo de su pasado era inseparable del «orgullo» español. Incluso en medio de la decadencia del viejo orden, España todavía poseía el mayor imperio colonial del mundo. Pero, culturalmente, era una sociedad a la que no había llegado el protestantismo o ni siquiera una variante del galicanismo, paralizado por un tipo de catolicismo forjado por la expulsión de los judíos y musulmanes: históricamente cerrado, xenófobo, intolerante y fusionado con la identidad nacional. Aislado geográficamente tras la barrera de los Pirineos, hubo menos importación de las ideas de la Ilustración que en otros lugares, y poca sociedad civil urbana que las recibiera. Fueron estas asfixiantes condiciones las que explican el compromiso aparentemente perverso del pueblo con algo que para entonces la mayoría de Europa despreciaba, intensificado por el inmediato telón de fondo del descrédito en el que había caído el régimen de Godoy que, a modo de compensación, otorgó a Fernando VII su absurda aura.

En la construcción global de *Napoleon's Cursed War,* explica el prefacio, el centro de atención se encuentra en «las iniciativas y respuestas de la gente común» a la conflagración, y se opta por «una historia social desde abajo de

la resistencia»[24]. No pocos mitos patrióticos se desmantelan en el proceso. Las actitudes populares estuvieron lejos de ser uniformes, las iniciativas populares raras veces estaban totalmente desvinculadas de la actuación de superiores, ellos mismos divididos y frecuentemente dispuestos a compromisos. No hubo un levantamiento espontáneo o universal contra los extranjeros. Pero despojado de cualquier romanticismo, el historial de la resistencia desde abajo al poder imperial francés todavía sigue siendo único. Ninguna otra parte de Europa se acercó a semejante lucha prolongada y efectiva de plebeyos, tanto en asedios urbanos como en combates rurales. Esta fue, célebremente, la experiencia que dio al mundo la palabra «guerrilla». ¿Qué peso tuvieron estas fuerzas de la guerrilla en el balance de la guerra? El excelente historiador militar Charles Esdaile, cuya *Peninsular War** de 2002, comparable en escala, es el necesario complemento para *Napoleon's Cursed War,* ha sostenido que en cualquier sentido estricto fue nimio, muchas guerrillas que realmente combatieron como unidades del ejército español fueron más efectivas de lo que se pensaba hasta ahora, mientras que muchas otras fueron oportunistas depredadores y saqueadores sin carácter político alguno, que asaltaban a todo aquel que podían[25]. Si Napoleón no hubiera reducido sus tropas en España para la campaña en Rusia, concluye *Peninsular War,* fácilmente hubiera aplastado la resistencia que se le presentó.

Napoleon's Cursed War sugiere otra cosa. Mientras entre las guerrillas diferencia a «partisanos», «corsarios» y «cruzados religiosos», señala a la escala de fuerzas que llegaron a reunir –55.000 al final– y a las bajas que infligieron a los ocupantes, aquí por primera vez computadas regionalmente con algún detalle[26]. Esdaile, aunque respetuoso con el libro, ha cuestionado estos hallazgos, sosteniendo que gran parte del daño fue causado por fuerzas regulares más que irregulares[27]. Pero mientras que la guerra de re-

---

[24] Ronald Fraser, *Napoleon's Cursed War,* Londres, 2008, p. xii.

* Ed. cast.: *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia,* trad. de Alberto Clavería, Barcelona, Crítica, 2004 *[N. del T.].*

[25] «La evidencia de que el leitmotiv de las bases del movimiento guerrillero era el saqueo más que el patriotismo es aplastante»; inmediatamente seguido por, «a todo esto se pueden oponer muchas reservas», Charles Esdaile, *The Peninsular War,* Londres, 2002, p. 272. Su continuación, *Fighting Napoleon: Guerrillas, Bandits and Adventurers in Spain, 1808-1814,* New Haven, 2004, amplía el argumento.

[26] R. Fraser, *Napoleon's Cursed War,* cit., pp. 415-418. Las guerrillas están representadas sin ninguna idealización: la línea entre ellas y los salteadores de caminos a menudo era tenue, los dirigentes no siempre eran de origen popular, los propósitos políticos eran escasos, la mayoría se alinearon con el absolutismo en contra del liberalismo en 1820: pp. 336-347, 509.

[27] «Recent Writing on Napoleon and his Wars», *Journal of Military History* (enero de 2009), pp. 217-219, que describe *Napoleon's Cursed War,* a pesar de semejantes reservas, como «una importante contribución a la bibliografía» que «contiene una gran cantidad de nueva información sobre la respuesta del pueblo español tanto a la llegada de los franceses como a la guerra total a la que se le llamó para combatir, mientras que al mismo tiempo ofrece mucho material nuevo sobre el impacto social y económico de la lucha (en este aspecto, el análisis de Fraser de las bajas de la población que sufrió España durante la guerra es especialmente importante y, en consideración de este crítico, inigualado incluso en español)». En otro lugar Esdaile es menos generoso, despachando el libro y refuta en especial su descripción del levantamiento del 2 de mayo de 1808 en Madrid: *History* 94, 314 (abril de 2009), pp. 247-249. Su

sistencia a menudo ha implicado conexiones entre ambas –sólo hay que pensar en la resistencia soviética a la invasión nazi de Rusia–, esta es una reserva más que una decisiva objeción. Donde ambos historiadores están de acuerdo es en que, al fracasar en crear una mando unificado de los ejércitos franceses en España, Napoleón redujo cualquier posibilidad de aplastar a la oposición armada contra la ocupación, y que al requerir que sus ejércitos vivieran de la tierra, estos infligieron semejantes niveles de despiadada explotación y sufrimiento sobre la población que incluso aquellos que eran indiferentes a toda la política y no estaban dispuestos a ser reclutados en cualquier lucha contra los franceses, acabaron deseando su expulsión.

Esa expulsión llegó no por la resistencia popular contra los franceses, sino, como reconocía el más conocido de los dirigentes guerrilleros, Espoz y Mina, «por las nieves de Rusia», aunque su derrota local fue a manos de Wellington al mando del ejército anglo-portugués. En esta lucha, Gran Bretaña desempeñó el papel de Alemania e Italia en la Guerra Civil al asegurar la victoria del viejo orden: en el retrato que le hizo Goya y que se encuentra en la National Gallery, la mirada congelada, distraída, del duque de Ciudad Rodrigo es la de un Ritter von Thoma o un Roatta de su tiempo. Su desdén por el país que aseguró para el absolutismo fue famoso: «nunca he visto que los españoles hagan algo, mucho menos que hagan algo bien»[28]. Si la guerra en España demostró ser una maldición para Napoleón, pues contribuyó a las derrotas en Rusia y Alemania que lo derribaron al inmovilizar a 260.000 soldados al sur de los Pirineos, fue una catástrofe para España que después de una total destrucción y pérdida de vidas regresara a la retrógrada tiranía de los Borbones. «¿Mereció la lucha semejante final? La respuesta puede dejarse tranquilamente a Goya. En un grabado del que hay evidencias de que el artista planeó como el último de *Los desastres de la guerra,* se ve un cuerpo de hombre medio levantándose de un ataúd. En sus manos hay un pedazo de papel en el que, como si estuviera escrito por el muerto, hay una sola palabra: "Nada". La leyenda original repite la palabra y añade: "Ello diré"»[29]. Objetivamente si los españoles no hubieran opuesto resistencia a Napoleón, hubieran sufrido mucho menos y acabado en el mismo sitio: en la restauración de la monarquía con la que estaban tan comprometidos, y que estaba en el bagaje de los ejércitos aliados que triunfaron en Leipzig. Pero la deposición de Fernando VII que realizó Napoleón, innecesaria para él como fue, y desastrosa para España, a pesar de eso fue una emancipación en otras partes: sin ella la América hispana no hubiera obtenido su libertad.

---

propio relato de los mismos acontecimientos, sin embargo, es demasiado superficial para ofrecer alguna alternativa; poco más de una página contra las vívidas y detalladas dieciséis páginas de Fraser: compárese *The Peninsular War,* pp. 38-39 y *Napoleon's Cursed War,* pp. 56-71.

[28] Para un retrato literario: «Era devoto hasta la médula, el látigo y la formación de castigo, desdeñoso de las nociones de democracia y del progreso político, obsesionado con el concepto de orden e inclinado a considerar a la muchedumbre, y por extensión a sus soldados, con una mezcla de miedo, aversión y desprecio»: C. Esdaile, *The Peninsular War,* cit., pp. 96, 420. Esdaile no entiende sus dones militares.

[29] El párrafo final de *Napoleon's Cursed War,* p. 481.

Ronnie tenía setenta y ocho años cuando *Napoleon's Cursed War* apareció. Pocos historiadores han dejado una obra tan original y variada: dos grandes historias, cada una de ellas pionera en fuentes que nunca habían sido exploradas anteriormente, una autobiografía transformadora, estetoscopios del trabajo en la sociedad industrial avanzada, registros del confinamiento político en la sociedad rural y de la comunidad circundante aún menos historiadores que ni aprendieran ni enseñaran en la universidad. En los últimos cincuenta años, la erudición inglesa sobresale entre la del resto del continente por las destacadas contribuciones que ha hecho a la historia de prácticamente todos los países de Europa; Italia, Alemania, Francia, Holanda, Portugal, Suecia, Polonia, Hungría, Grecia y más. Pero quizá ningún país ha atraído semejante cohorte de distinguidos historiadores como España: Elliott, Lynch, Kamen, Carr, Brenan, Thomas, Esdaile, Preston. Sería interesante especular sobre las razones de semejante concentración. Pero en el modelo general de esa curiosidad por tierras extranjeras y sus pasados, ha sido una rareza que estos historiadores vivieran en el país que estudiaban. En Italia, viene a la cabeza Paul Ginsborg. En España ha habido dos, Brenan y Fraser. Como escritor, sin un equivalente literario entre los hispanistas, la visión de Brenan del país procedía de un pueblo y de los libros; viajó bastante poco por España y su conocimiento directo del país se limitaba a un rincón de Andalucía, apenas conocía las principales ciudades[30]. Para un romántico irónico eso era suficiente. Políticamente durante la Guerra Civil simpatizaba con la república, pero durante algún tiempo apoyó la no intervención, y después de la guerra llegó a apreciar muchas cosas buenas en Franco. La Iglesia católica era un valor duradero en la vida española, y la monarquía sin democracia, después de la terrible experiencia de los años treinta, podía ser la mejor solución para el país[31].

Ronnie era un realista, menos versado en las letras españolas, más consciente del norte y del centro del país y de su vida urbana. Pero desde luego la sociedad española había cambiado fundamentalmente, y con ella la cultura española, para cuando se estableció allí en los años noventa. Las pasiones que fascinaron a Brenan, sus ascuas que todavía resplandecían en *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros* se habían quemado. *Napoleon's Cursed War*, un libro que su predecesor no podía haber escrito, fue compuesto en el banalizado y autosatisfecho panorama de Felipe González y Julio Iglesias, José María Aznar y Pedro Almodóvar. En Valencia, la tercera ciudad por población de España, pudo ver el provincialismo de los nuevos conformismos europeos del país, y sufrió por ello. Pero la veta jacobina y su perseverancia permanecieron. Estaba corrigiendo las pruebas de

---

[30] Ronnie percibió esto. Véase su crítica de la biografía de Brenan que realizó Jonathan Gathorne-Hardy, *The Interior Castle,* en *LRB* (20 agosto de 1992). Para su primer encuentro con Brenan véase *Las dos guerras de España,* pp. 27-29.

[31] Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth,* segunda edición, Cambridge, 1950, pp. vii-viii; *The Face of Spain,* Londres, 1950, pp. xv-xvi; «Out of the Labyrinth», *New York Review of Books* (27 de septiembre de 1979).

su última colección de ensayos, *Las dos guerras de España,* que contenían su comparación de ambas guerras, cuando falleció en febrero de este año. En Inglaterra, la clase que detestaba tenía de nuevo las riendas en medio de los disturbios y la recesión; en España, un abotargado monarca dedicado a la caza mayor, la corrupción rezumando desde el palacio, las manifestaciones de los jóvenes en la calle, las ilusiones de falsa riqueza desvaneciéndose, una tercera república con plazos vencidos. Era la clase de escenario que le había hecho el iconoclasta que fue.